

El eje armónico-disarmónico en una configuración vincular*

*Janine Puget***

Resumen

En este trabajo se intenta ubicar un conflicto vincular a la luz de la intolerancia ante lo que he llamado demasiado distinto”.

Se insiste sobre la necesidad de tomar en cuenta el eje armónico-disarmónico desde el punto de vista estético y la dificultad de compartir la experiencia estética.

Se puntualizan algunas diferencias entre el encuadre del análisis individual, de pareja, de familia y de grupo y la manera de lidiar con el conflicto que deriva de la producción de lo que podríamos llamar una “nota discordante”.

Summary

In this paper, an attempt is made to place a linkage conflict within the context of the intolerance to what I have called the “excessively different”.

The need to take into account the axis harmonious-disharmonious from the aesthetic point of view and the difficulty to share the aesthetic experience is underlined.

* En este trabajo se reproduce parcialmente una Conferencia leída en las Primeras Jornadas Nacionales de la Federación Argentina de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares (FAPCV). Bajo el título: ¿Quién es el más enfermo?”. Mendoza. 21 al 23 de mayo de 1993

** Paraguay 2475 - 1121 - Buenos Aires – Argentina

Some differences are pointed out among the setting corresponding to the individual, couple, family or group analysis as well as the manner to cope with the conflict deriving from the production of what may be called a “discordant note”.

**Descriptoros: VINCULO / FAMILIA / PAREJA /
CHIVO EXPIATORIO**

Un conflicto en una configuración vincular

El concepto de conflicto necesita algún tipo de especificación para su empleo en el marco de las configuraciones vinculares. Y como suele ocurrir en ciencia, el resultado de este ajuste conceptual lleva a ampliar también la comprensión de algunos aspectos inherentes al campo transferencial-contratransferencial en el psicoanálisis llamado tradicional o sea el que considera al paciente como un solo sujeto en una relación asimétrica con su analista.

En el marco del psicoanálisis de las configuraciones vinculares nos encontramos, con bastante frecuencia, con una dificultad para presentar un material y puntualizar las áreas de conflicto. Queda claramente de manifiesto que para hacerlo se traslada o un modelo médico o el modelo también impregnado del modelo médico del psicoanálisis individual. Es más fácil sin embargo presentar una configuración vincular cuando en ella se puede ubicar a uno de sus miembros como gravemente perturbado, muchas veces afectado de un funcionamiento psicótico. En cambio, cuando el funcionamiento reinante en la estructura puede ser cualificado de neurótico, o sea donde los conflictos son del orden del sufrimiento, inhibiciones, conductas infantiles, un manejo ambivalente de los vínculos, poca capacidad de reflexión y dichos conflictos no llevan a estereotipias demasiado marcadas, puede ser más difícil organizar el relato de una presentación del material dando cuenta de la estructura misma. Ello me llevó a pensar que un eje posible

para el estudio de una configuración vincular es el de dar algún sentido a la dificultad de presentación de un conflicto y por otro lado centrar el tema en función del lugar que ocupa “lo distinto”.

¿Quién es el más enfermo?

En el transcurso de una discusión de caso o en una supervisión o simplemente a raíz de comentarios entre colegas, es frecuente que para hablar de una pareja o de una familia o de un grupo surja un comentario donde, desde un cierto tono de complicidad o/y de certeza, se afirma que “realmente fulano/a es el más enfermo” y a continuación se agregue “es probable que necesite un análisis individual”. Si se trata de una familia, está implícito que un alejamiento en cualquiera de las formas del así llamado “más enfermo” permitirá a los demás acceder a otra cualidad de realizaciones. Otra solución pensada y a veces actuada, ubica a todos los que están mejor, en la posición de cuidadores del “enfermo”. Si se trata de un grupo, el así llamado “más enfermo”, habrá de soportar varias modalidades de marginación hasta llegar en algunas ocasiones a la expulsión. A un grupo y a una pareja se puede dejar de pertenecer dado que no son estructuras ligadas por lazos consanguíneos, mientras que a una familia no es posible.

¿Habría una equivalencia entre demasiado distinto e imposibilidad de pertenecer a un mismo conjunto? Si así fuera es factible llegar a una primera deducción: una estructura tolera lo distinto dentro de un margen que no enfrente a sus miembros con las paradojas básicas e inherentes a toda estructura vincular. Estas forman parte del inconsciente y allí deben quedar y cuando aparecen como conflicto, éste entonces parece estar ligado a una exigencia: encontrarle alguna solución, la que más que solución es evitación de la presencia de lo “distinto”. Sin embargo lo distinto es condición necesaria para que haya vínculo. Entonces la cuestión se plantea del modo siguiente: “distinto si, pero no tanto...”. El conflicto se plantea como un intento de lidiar con la imposibilidad de anular una condición necesaria: la presencia de las diferencias.

Todo lo distinto no tiene el mismo valor en lo que hace a su connotación perturbadora y si bien su aceptación se relaciona tradicionalmente tanto con un comienzo de discriminación yo-no yo, mundo interno-mundo externo, yo-otros, o en otro nivel, con el reconocimiento de la diferencia de sexo y por ende con la castración,

esta conceptualización no da cuenta de los numerosos matices que lo distinto adquiere en *la vida vincular* y en cada *uno* de los espacios psíquicos que hacen a la vida mental.

Hay aquí un conflicto del orden de lo neurótico que cada vínculo debe dirimir: incorporar el concepto de distinto y conocer los límites tolerados dentro de un sistema dado, puesto que, de lo contrario, los efectos posibles se manifiestan en forma explosiva y por lo tanto se cargan de violencia y entonces el conflicto pasa a ser del orden de lo psicotizante o perversizante.

Siendo el tema de “lo distinto” capaz de ser abordado desde muy diversos puntos de vista, comienzo por ocuparme de su inclusión dentro de un eje armónico-disarmónico. Este pone en actividad el polo estético de la mente que se investirá de cualidades según las cuales se organiza una polaridad rechazado-aceptado emparentada con feo-bello, bueno-malo.

Por polo estético de la mente entiendo aquel capaz de promover una experiencia donde se conjuga lo emocional dentro de una composición sintácticamente organizada que traduce un conocimiento básico o/y fundamental o/y esencial, fugaz o no. Este polo está siempre presente en cualquier experiencia vincular aunque pocas veces estudiado. En cualquier material es factible encontrar términos a través de los cuales se manifiesta y a los cuales no se presta una atención especial. Cuando lo “distinto” es asociado con disarmonía produce algunos efectos que no pueden ser traducidos en palabras pero en cambio se transforman en acciones. Un ejemplo de ello, es el de intentar expulsar o marginar lo semantizado como distinto o quien lo personifica, o bien, el de generar variadas formas de violencia, o, simplemente el de engendrar un sentimiento creciente de malestar, irritación, etc. También lo distinto organiza polaridades donde entran cuestiones artísticas y creativas, las que tampoco serán recubiertas con un código compartido de palabras. De ahí que la zona ocupada por la experiencia estética se torne fácilmente escollo, tanto por supuestos de entendimientos como por poner de manifiesto diferencias vividas como insalvables en lo que hace a la pertenencia a una misma configuración vincular desde un compartir en función de sentimientos y emociones semejantes o iguales.

El comentario inicial acerca de “quien es el más enfermo” se relaciona, en una de sus vertientes, con un intento de resolver el malestar que evoca la disarmonía y que, desde

el polo estético de la mente, tiene un componente individual relacionado con criterios propios de belleza y fealdad. El analista al encontrarse con lo “demasiado distinto” experimenta un sentimiento de rechazo o impotencia que anula, a veces, su deseo de investigar y por lo tanto pone en peligro su identidad profesional.

Si bien el analista justifica su comentario de múltiples maneras, ninguna deja del todo conforme porque se basan, todas ellas, en una negación de la dificultad. No explican el estado emocional que acompaña el comentario. Este último encierra, en general, algo vergonzoso, tal vez ligado a la atracción que puede llegar a generar lo feo a la incapacidad de resolver un escollo. El analista en el intento de olvidar la dificultad creada, pone en actividad una compulsión a ayudar y se torna reactivamente protector: dicho comportamiento proviene, para quien lo emite, de una zona mental donde existe incomodidad y desconocimiento. El malestar despierta culpa y supone un acuerdo con algún otro, el o los “sanos” o menos enfermos con quien o quienes se establece un contrato de complicidad. También propone la realización de una acción fuera del encuadre o fuera de la conducta Interpretativa habitual. Y cuando ello sucede presupongo que el analista está invadido por una parte de la sesión a la cual no puede transformar en material interpretable y a la cual por lo tanto intenta expulsar. Al expulsar “lo distinto” pierde comprensión acerca de la complejidad vincular y ataca el encuadre por él creado. Ese es uno de los motivos por el cual, para emitir su comentario, recurre al empleo de un lenguaje que podría ser adecuado para otro ámbito como lo sería el de una reunión de amigos. Trivializa su comentario y no lo puede revertir en conocimiento de la dinámica vincular. El encuadre de reunión de amigos no tiene un contrato estable que regularice los encuentros y por lo tanto se rige con otra dinámica que la de una sesión psicoanalítica. En el encuadre de amigos es fácil desligarse de quien molesta y para más es posible exigir de parte de los amigos un compartir experiencias estéticas como un aspecto desde el cual se consolida un vínculo. En otras palabras un comentario trivializado, algo así como “Qué loco que es” emitido por un analista para hablar de su paciente se debe a un corrimiento de encuadre, superponiéndose en su mente su función de analista de una configuración vincular en sesión y la de un sujeto de vida cotidiana agregándose, para más, otra superposición, la que le otorga su función de analista individual.

De donde deduzco que el lenguaje empleado para emitir el comentario sobre el cual baso esta reflexión es efecto de un malestar inconciente relacionado con el deseo de

solucionar un conflicto, arrinconando o aislando un elemento perturbador en la estructura vincular y por ello merece nuestra atención. Y que, además de otras vertientes, la que nos ofrece el estudio del polo estético de la mente aporta algo novedoso.

Lo distinto en una estructura vincular

Sabemos que una pareja, una familia o un grupo, conforman cada uno de ellos, una estructura cuyas partes son inseparables puesto que son las que definen a esta estructura y la diferencian de otra. Sabemos que entre dichas partes se producen intercambios que tienen reglas específicas y otras propias y exclusivas a cada conjunto. Sabemos que sacadas de su contexto cualquiera de las partes del mismo, deja de ser exactamente la misma puesto que en otros interjuegos vinculares se ponen en actividad otros componentes de la personalidad. Cada encuentro produce otros efectos.

Indicamos análisis de pareja, de familia porque tenemos en cuenta la particularidad de cada estructura la que no puede ser ni conocida ni transformada fuera de contexto o de un encuadre específico. Y cuando indicamos grupo, si bien no lo hacemos por los mismos motivos que para pareja o familia, una vez integrado el grupo con sus diferentes miembros, partimos de un supuesto teórico según el cual evaluar lo que sucede entre los miembros del grupo en términos donde entran criterios del orden del desprecio, inferiorización, etc no ayuda a la comprensión de las diferentes manifestaciones observables y menos aún a la comprensión de las múltiples alianzas que caleidoscópicamente conforman la red grupal.

Y sin embargo, pareciera que todos estos conocimientos se esfumaran cuando uno de los miembros del conjunto se instala en forma repetida en un determinado tipo de funcionamiento que lleva a declararlo “más enfermo” porque aparentemente entra en disonancia con otros miembros del conjunto, o con los ideales compartidos e incluso con los propios del analista o de la institución a la cual pertenece.

¿Será entonces factible aislar de los intercambios a una de las partes y con toda objetividad reconocerle su carácter “enfermo” más allá de cualquier vínculo? Por todo lo dicho anteriormente sería adecuado declarar la imposibilidad de afirmar niveles de

enfermedad de un sólo componente de un vínculo, si bien en la práctica sucede lo contrario. Por lo tanto podría llegar a una solución intermedia. Tal vez sea posible reconocer que ciertas condiciones de la estructura producen un sufrimiento más manifiesto en uno de los miembros, pero, entonces, de inmediato surge la pregunta acerca de la utilidad y validez de tal afirmación en lo que hace a dicho sujeto como “más enfermo”. Y aún más, cabe interrogarnos en cuanto a los propósitos perseguidos por nosotros cuando usamos criterios de este tipo donde el más o el menos adquieren un significado de ineficiencia probable del encuadre. Y también cabe preguntarnos si, en ese caso, la ineficiencia del encuadre, cuando se trata de familia o de pareja, no debiera ser pensada más bien como ineficacia para todos sus integrantes en vez de ser pensada para uno solo de ellos. Entonces el conflicto se nos plantea a nivel de indicación para todo el conjunto.

El analista y lo distinto

Voy a proponer la hipótesis de que este tipo de comentado surge toda vez que el analista se encuentra en un callejón sin salida, correspondiente a un estado mental y vincular que lo remite a la impotencia con el instrumento técnico y teórico del cual dispone. Callejón sin salida relacionado con una vivencia de malestar donde priva un rechazo en parte causado por la emergencia de lo disarmónico. El malestar encubre la posible pérdida de un ideal según el cual, en una estructura, los elementos habrán de combinar-se sin dejar brechas y sin que lo feo pueda ser relacionado con lo inmodificable. La experiencia emocional del orden de lo estético genera desagrado, malestar y rechazo, o por lo contrario, exaltación, bienestar y acercamientos. El ocuparse psicoanalíticamente del vínculo como tal y con los conocimientos de los que dispone ya resulta inalcanzable, el terapeuta se topa con una repetición que parece estar a cargo de uno sólo y para más le es imposible formular una interpretación que abarque a todos. El próximo paso lo lleva a pensar en diferentes salidas a este conflicto que se expresan en acciones: que el más enfermo vaya a análisis individual, que la pareja pueda separarse entre si o del analista, mandarlo o los a otro analista, etc. Es posible que el concepto de chivo emisario, tan usado en psicología social y en psicoanálisis de grupo, deba volver a ser pensado a la luz de la intolerancia a un “demasiado distinto”.

Dis-armónico, se opone a armónico o sea a lo que se adapta o combina en forma proporcional, ordenada o agradable, congruente, simétrica. En otro orden de cosas

significa una similitud de sentimientos, ideas, intereses, etc.

En música se asocia con una combinación agradable.

De estas numerosas acepciones deducimos que lo disarmónico equiparable a “demasiado distinto” es antagónico a un modelo ideal de funcionamiento primario donde la similitud, mellicez, complementariedad son dominantes y donde se debieran articular también los polos ideológico y ético de lamente: bueno-lo que se debe desear-lindo, opuesto a malo, lo que no se debe desear, feo, etc..

La fuerza invalidante que adquiere el sentimiento de impotencia puede tener además que ver con la posible pérdida de los puntos de certeza desde los cuales el analista construye una de las raíces de su pertenencia a su grupo profesional y la bondad de su elección vocacional. Impotencia contratransferencial, impotencia en modificar un tipo de intercambio, impotencia y dificultad para tolerar el malestar que lo distinto, lo disarmónico suscita en él y en los demás miembros del conjunto.

Quiero hacer hincapié y recordar aquí que, en lo concerniente al espacio social, la intolerancia ante lo distinto equiparado a menores cualidades o inferioridades de algún tipo es un criterio utilizado por todos los sistemas dictatoriales, sustenta Ideologías racistas y por lo tanto discriminatorias. Y si bien es conveniente no homologar linealmente los mecanismos empleados para un espacio con los empleados en otros, puede suceder que la marginación social tenga su equivalente en el espacio familiar y de pareja cuando se buscan medios para expulsar o aislar al diferente y a lo diferente o surja maltrato disfrazado algunas veces como protección y cuidado, y si bien estas modalidades tienen un fuerte componente Ideológico en algunas circunstancias también imperan criterios de belleza y armonía.

Volviendo al analista es ya conocido que su relación con sus pacientes está impregnada de angustias, sentimientos y emociones provenientes de cada uno de los espacios intra-, inter- y transubjetivos (Puget, 1987). Con cada paciente, sea éste un solo sujeto, una pareja, una familia o un grupo confirma su identidad tanto en lo que hace a su ser en su mundo objetal como a su ser como sujeto de los diversos vínculos en los que la construye. Necesita para ello un reconocimiento ligado en parte con la eficacia y bondad de su instrumento y de su teoría.

La diferencia en el espacio familiar y la diferencia en el espacio social

Un método de discriminación y diferenciación temprana que se apoya en el reconocimiento de las diferencias cualquiera sean éstas, incluye criterios valorativos tanto ideológicos, éticos, morales como estéticos. En función de la teoría que sustento según la cual la mente se construye y por consiguiente la identidad, apoyándose sobre tres pilares o raíces, la intra- la inter- y la transubjetiva es factible considerar que, para cada espacio, el concepto de diferencia tiene su propia semantización y da origen a mecanismos mentales semejantes pero no idénticos. Por ejemplo, según esta idea, ubico a la diferencia generacional como uno de los ejes definitorios de la estructura familiar y en consecuencia se establece naturalmente una jerarquía de mayor-menor donde no entra lo valorativo en su vertiente inferiorizante. Cuando lo valorativo define lugares despreciados en la estructura familiar es probable que provenga de sentimientos de envidia, rivalidad y celos, de donde surge entonces el consecuente sentimiento de malestar. Por otra parte ubico la diferencia entre un yo y un otro en tanto definitoria de la estructura social y en consecuencia tomo en cuenta que cuando se inviste de cuestiones de poder y defensa de territorio, el más-menos, el superior-inferior, el mejor-peor, puede fácilmente tornarse conflictivo. Se formalizan jerarquías donde los pares tengan que ver con sometedor-sometido referidos al intento de reforzar la pertenencia desde el ejercicio de la pulsión de dominio. Por supuesto la estructura social incluye también categorías donde lo diferente se establece en cada contexto en función de las necesidades del mismo como, por ejemplo, color de piel, capacidad para el desempeño de una función determinada, religión, cultura, hábitos, idioma, ciudadanía, lugar ocupado en algún estamento institucional, etc..

¿Cuándo la diferencia se torna quiebre de un vínculo?

¿Por qué el ser diferentes, evolucionar con diferente tiempo y eficacia en algunos terrenos donde el sujeto concreta sus potencialidades de realización se torna ruptura de un vínculo de pareja cuyo encuentro y perpetuación del encuentro en realidad pasa por una multitud de factores que no necesariamente tienen que ver con la realización puntual de algunos logros? Aparecen entonces comentarlos donde se recalcan diferencias de gusto, de afinidad, que parecen Insalvables porque hacen a un

componente de la identidad que en si no es conflictiva: se trata del polo estético de la mente.

Una hipótesis es que las zonas de encuentro se apoyan sobre nudos donde lo distinto queda amalgamado de tal manera que se borren o esfumen los bordes de cada yo. Y que dicho borramiento no provenga de la fusión inherente a todo vínculo sino que sea el resultado de una renegación permanente de la separatividad y por ende de lo diferente, en especial en lo que se sabe que no es transformable. Arcaico método según el cual lo malo-lo feo es expulsado, método que en este caso falla, puesto que lo diferente-feo debe ser incorporado a la estructura. De la renegación proviene un estado de perversidad latente en toda estructura vincular estable (Puget, 1989). De ahí también proviene la fetichización de la estructura y, en consecuencia, la *ilusión* de que pueda dicha estructura seguir existiendo más allá de los sujetos que la componen. Los nudos conforman la trama vincular y contienen la historia inconsciente de la configuración vincular. Contienen también diferencias anuladas en su vertiente incompatible y disarmónica. Los nudos logran ilusoriamente armonizar lo disarmónico. Sin estos nudos no hay estructura y con ellos ~‘el elástico’ que no se puede extender indefinidamente, parece por momentos quebrarse.

Lo diferente, el “más enfermo” es entonces declarado como el” diferente de donde se produce un corrimiento: de diferente en tanto condición necesaria de la estructura, a diferente como anomalía, perturbación a la cual hay que anular de alguna manera.

A ello agreguemos que a nivel del campo vincular y transferencial esta manera de resolverla disarmonía, algo así como la imposibilidad de seguir juntos, invade también la mente del analista.

Lo dicho para la pareja tiene validez también para la familia si bien, en ésta, la articulación de lo diferente tiene una vía natural facilitada porque la pertenencia a la estructura conlleva un grado de fijeza y adquirido para siempre. Por más que lo diferente se expulse, el miembro de la familia que sufre este destino no pierde por ello su condición de miembro de dicha familia. Podrá seguir perteneciendo aunque activamente su lugar no esté sostenido por algún tipo de presencia y temporalidad tal como la cotidianeidad y/o la frecuentación que marcan distintos ritmos de encuentros.

En cuanto a los grupos, la construcción del nudo constitutivo de la estructura, con su componente de renegación de lo demasiado diferente” es aún más endeble que para la pareja, por lo cual la intolerancia al retorno de lo renegado es aún mayor. Lo único que sostiene la estructura es inicialmente un proyecto terapéutico, el deseo del analista y la constitución de una zona de encuentro transferenciada de otras estructuras vinculares. En un grupo terapéutico expulsaron a uno de sus miembros movidos por un profundo rechazo a su fealdad y disarmonía corporal. Y si bien este comentario remitía a otras zonas conflictivas me pareció interesante ubicarlo en tanto puesta en actividad de una vertiente estética.

En el encuadre terapéutico el grupo es el único que sólo tiene existencia en el consultorio, mientras que, la pareja y la familia, deben sostener una situación doble que los lleva progresivamente a reconocer la superposición de los dos encuadres: el del consultorio y el de la vida cotidiana. Esta condición los hace más intolerantes frente a lo disarmónico surgido en el encuadre terapéutico cuando aún no quedan claramente percibidos los bordes que separan los personajes que componen la estructura inconciente y sus respectivos personajes, de los que componen los intercambios de la vida cotidiana.

La búsqueda de reconocimiento

En realidad son muchos los vértices desde los cuales se podría analizar la temática hasta ahora mencionada y que partió del comentario de “quién es el más enfermo”. Otro lleva a recordar que el otro u otros en una configuración vincular deben necesariamente estar ubicados en espejo que activamente refleja para él o los otros una imagen, dando muestras de su participación en el acto reflexivo. El espejo sólo, en su condición pasiva e inerte, no alcanza para confirmar la pertenencia a una estructura (Puget, 1993). El otro-espejo tiene un plus, el de devolver un reconocimiento de la propia identidad, un reconocimiento de sus bordes inviolables, y conserva una cualidad inasible donde se podrán alojar los ideales, aquellos que configuran el después, el para qué vivir juntos, o vivir en un vínculo.

El analista no escapa a esa condición y, si bien es un espejo calificado que devuelve además de re-conocimiento otros conocimientos, cuando, por algún motivo, pierde su

cualidad de espejo vincular, acude a serlo por lo menos para cada uno de sus miembros aisladamente o para algunos y no otros.

Todos los conocimientos teóricos parecen esfumarse cuando un analista se encuentra ante una dificultad técnica cuyo origen reside en el surgimiento de un cierto tipo de diferencias que parece invalidar la permanencia en la configuración vincular estable.

Los pacientes, como ya lo dije, tienen para el analista la función de construirle y devolverle su identidad profesional sobre la cual se apoya un importante componente de su identidad, de su autoestima y de su narcisismo. Y cuando un vínculo se torna disarmónico en una medida que atenta contra la posibilidad de realizar una tarea interpretativa, es factible que genere en él un malestar que lo remite directamente a alguna de sus paradojas básicas. El arte se ha ocupado de muchas maneras de contener y expresar lo disarmónico. Tal vez nos falta ahora conseguir ubicarlo en nuestras teorías y darle alguna salida creativa.

La configuración vincular como imagen

Otra forma de expresarse una situación parecida a la que he formulado como disarmonía, es la dificultad para dar cuenta de la trama vincular y de sus diferentes nudos. Ello se hace ostensible cuando un analista quiere presentar un material de una configuración vincular y para ello recurre a contar detalladamente la historia o algo atinente a cada uno de sus miembros, siguiendo, por cierto, un modelo muy conocido por todos y predominantemente médico. Después del relato minucioso de la historia infantil y personal de cada uno, compara las historias, y muy a menudo compara estados mentales desde criterios propios de salud mental.

Anzieu (1991, pág. 170) y otros autores han utilizado la metáfora del grupo como sueño, lo que puede extenderse a toda configuración vincular, captando así el componente imagen de dicha configuración y sus posibles transformaciones. Una imagen ofrece para quien la quiere poner en palabras las dificultades inherentes a este tipo de traducción donde queda para siempre un remanente de incompletud. Las experiencias sensoriales en el caso de las configuraciones vinculares especialmente la visión y el oído, son imposibles de ser puestas totalmente en palabras.

Una manera de sortear esta dificultad puede llevar a aislar forzosamente alguna de las partes *que constituyen la configuración* vincular y luego buscar puentes.

En este procedimiento, lo distinto como, por ejemplo, el detectar el más o menos algo, se torna punto de apoyo para resolver el malestar que produce la incompletud de una descripción. Se acentúa lo disarmónico como si se intentara producir relieves exagerados a fin de poder captar aquello que sólo puede rellenar cada mente en base a sus experiencias personales. En este caso es más fácil relatar la experiencia cuando resalta la dis-armonía al tener más separada y contrastada sus partes.

¿Cómo presentar una configuración vincular?

El analista debiera poder tener una representación mental de una estructura según la cual pueda nombrar lo global, lo contextual y sus diferentes partes. Algo así como ponerle un nombre y dar cuenta de una impresión de conjunto. Además tomará en cuenta la significación que imprimen las distintas partes y por último detectará los diversos métodos comparativos empleados para establecer relaciones entre cada una de las partes de la estructura. De los métodos comparativos utilizados podrá captar acuerdos inconcientes estables desde los cuales se genera algún tipo de malestar y también tendrá en cuenta desde qué vertiente emite su argumento: Ideológico, ético, estético, etc.

Pero por sobre todo será útil tener firmemente incorporado el concepto de vínculo en tanto que sus partes son inseparables y se semantizan mutuamente.

Y para terminar

Desde la comprensión del lugar de lo distinto y del lugar del componente imagen de una configuración vincular, surgen consecuencias que ayudan a la construcción de una interpretación en diferentes encuadres.

Es fácil deducir que en un análisis individual, lo distinto, lo disarmónico no ocupa el

mismo lugar que en una configuración vincular. Incluso más, cuando el analista oye “distinto” y ello le permite interpretar, raramente esta situación podría ser pensada como disarmónica. Sin embargo en algunas ocasiones y tal vez más desde las vertientes estética e ideológica es dable observar la dificultad del analista para “tolerar” lo distinto. Un analista muchas veces piensa en términos de lindo o feo. Habla de una linda sesión, linda interpretación, sin que necesariamente sea un criterio compartido con su paciente.

Me he ocupado también del significado que adquieren en una configuración vincular quienes están investidos de la cualidad de espejo de reconocimiento mutuo. Estos ocupan un lugar central tanto en su faceta constructiva como en lo que hace a ser generador de derrumbes y catástrofes bruscas. Y por ello el espejo no debe ni puede devolver una imagen demasiado discordante donde la brecha entre lo pensado por el Yo y lo devuelto por el espejo pueda ser asociada con una brecha insalvable. Lo “demasiado distinto” requiere de parte del Yo un trabajo mental donde se opera una renuncia a un cierto tipo de perfección, por lo tanto de ideal, y entonces lo obliga a aceptar lo “feo” en tanto componente de toda estructura.

En los grupos se agrega al espejo la cualidad de confirmar la pertenencia y la de ser admitido en dicho grupo, condición siempre inestable.

El ser admitido como equiparable a pertenecer no tiene la misma vigencia en la estructura familiar y tampoco en la de pareja.

En síntesis, ser reconocido y ser admitido, reconocer y admitir a otros incluye un permanente trabajo de reacomodamiento donde lo estable choca contra lo aleatorio. Ello forma parte de los conflictos llamados neuróticos o el precio a pagar para pertenecer a cualquier configuración vincular.

Bibliografía

ANZIEU, D. 1991- *Le Groupe et l'Inconscient; L'imaginaire groupal*
París, Dunod. 1991

PUGET, J. 1987 - *En la búsqueda de una hipótesis. El contexto social* Psicoanálisis Tomo XLIV, N° 4, pág. 897. Julio-Agosto 1987 (“The social context. Searching for a hypothesis”. Free Associations. Vol. II, Part. 1 N° 21, pág. 21. 1991).

PUGET, J. 1989 - *La pareja perversa*. Revista Argentina de Psicopatología. Vol. 1, N° 2, 1990.

PUGET, J. 1993 - *En la búsqueda inefable de un reconocedor en la patología borderline privilegiado*. Actualidad Psicológica. Año XVIII, N° 196, Pág. 2. Marzo 1993.